

## Notas de estética

Pedro Emilio Coll

No somos pocos los que pensamos con el bardo alemán que de la educación del carácter y de la sensibilidad depende en mucho el perfeccionamiento de la especie humana; y los que con él pensamos que es el Arte un exaltante psicológico y una fuerza moral de primera categoría, no sólo por sus efectos subjetivos sino por sus resultados objetivos, puesto que estos efectos sobre el alma de cada uno se exteriorizan al fin aprovechándolos así la colectividad.

Toda emoción estética tiende a traducirse en actos externos más o menos desinteresados, y desde este punto de vista puede decirse que no existe el arte por el arte, puesto que está en la misma organización del hombre (y aun de la de Dios, quien después de hacer el mundo vio que “era bueno”), que su vida interior se complazca en su obra haciéndose visible y en cierta manera útil para los demás. Las acciones son el florecimiento natural del espíritu; el hombre es la noble planta endógena, de que nos habla el sabio, que como la palmera crece de adentro para afuera. La parte más pura de la esencia vital se revela en la flor del arte. Hecha esta profesión de fe, pasemos a un caso especial de estética.

Hay actualmente en América un movimiento literario sobre el que caen crueles sátiras y al que críticos celosos y malhumorados tratan de detener en nombre de la tradición y del buen sentido. Por un momento se creyó pasajera nube de verano, mera cuestión de moda, pero que generaliza y persiste demasiado para creerlo. Efímeras revistas que mueren, faltas de lectores, entre espasmos líricos; adolescentes que cuentan sus ensueños en estilos

vagarosos, en prosas complicadas, y esto no uno ni en una sola nación, sino muchísimos y en todo el Continente.

Se atribuye a la moda, a la moda que nos viene de París junto con las corbatas y los figurines de trajes; pero aun así, podría argüirse que una moda que se acepta y se aclimata es porque encuentra terreno propio, porque corresponde a un estado individual o social y porque satisface un gusto *que ya existía* virtualmente. Hasta los nuevos modelos de vestidos y los colores en boga son determinados por el ambiente de ideas y sentimientos de una época, ¿y no ha de serlo la literatura? Si se aclaran o se oscurecen los tintes de las telas es de acuerdo con la estación del año; cada vaivén de la moda indica una variación en el termómetro social: también las maneras de pensar y de escribir están sometidas a la temperatura moral. Si París impone hoy sus modas es porque satisfacen íntimas afinidades de los pueblos que las adoptan; cambien esas afinidades y entonces nos vendrán de Londres o de Nueva York las ideas y los patrones de modistas hasta que nosotros podamos exportarlos.

Ahora con llamar a otro “decadente” ya se cree quien tal epíteto lance, persona docta y muy a plomo sobre sus dos pies. Y lo pero es que casi todos los que así hablan no dejan de dar su golpe de piqueta al antiguo edificio, o de poner una piedra para la nueva Babel, digo Babel por su altura que no por su confusión, pues que si esta llega a producirse es recogiendo los dialectos dispersos y mezclándolos en la lengua que han de hablar las generaciones futuras, si antes no ocurre un diluvio u otro cataclismo por el estilo. Ahora si alguien llamara al ave “ramillete con alas” sentaría plaza de “decadente” y de “simbolista” y eso lo escribió Calderón hace qué se yo cuantos años.

Es a los simbolistas franceses a quienes se atribuyen la “funesta sugestión” y las cosas que en el mundo de las letras pasan en América. Que me perdonen si los injurio, pero yo sospecho que la mayoría de los llamados simbolistas americanos no conocen a los llamados simbolistas franceses. El mismo Darío en su libro *Azul*, que ha sido la piedra de escándalo de la escuela no tiene nada que trascienda a simbolismo; lo que sí puede tal vez encontrarse allí es la huella de Gautier, de Mendès, de Loti y aún de Daudet y otros realistas de su índole. Se me dirá que no hay peor ciego que el que no quiere ver; así sea, pero es la verdad que sólo en sus últimos libros vislumbro la influencia “simbolista”, y eso muy disuelta en su temperamento. Para mí Darío le ha pasado como a la mujer de Lot, tanto le hablaron de la ciudad maldita que volvió los ojos para mirarla; sus primeros pasos iban por otras rutas, pero quiso ver las regiones extrañas a las que le dijeron pertenecía; su propio nombre oriental lo excitaba a la aventura. Gutiérrez Nájera, que pasa también como otros de los padres de la “decadencia americana”, más tenía Musset y Banville que de Baudelaire y de sus discípulos. ¿No pone el exquisito poeta al final de su *Vestido Blanco* a Verlaine y a Eduardo Rod como escritores de una igual familia espiritual? ¡Delicioso error! Martí había bebido en fuentes clásicas: Julián del Casal era un parnasiano con el alma torturada, y esto de tener un corazón triste es cosa inevitable que casi nada tiene que hacer con la retórica ni con la métrica.

En mi concepto los simbolistas franceses han ejercido poca o ninguna influencia en América en donde son casi desconocidos; lo que se llama “decadentismo” entre nosotros no es quizás sino el romanticismo exacerbado por las imaginaciones americanas.

Veamos qué es el simbolismo. El verdadero simbolismo no ha tenido nunca una estética, ni ha profesado ningún código; según uno de sus críticos significa: individualismo en literatura, libertad del arte, abandono de las fórmulas enseñadas, personal originalidad.

He aquí por cierto una fórmula bien amplia que aceptarán todos los que anhelan la sinceridad artística. Que cada uno profese una estética a su imagen y semejanza. El simbolismo no fue nunca una capilla cerrada, sino una palestra abierta en donde se reunieron los que protestaban contra el naturalismo triunfante, “más contra sus pretensiones absolutistas que contra sus obras”, los que “venían a reintegrar la Idea en el Arte”. Hay quien se imagina que ser simbolista es emplear los vocablos “lilial” y “esfumar” y ser anfibológico y tener los ojos y los oídos tapados a la realidad; no, oigamos a Remy de Gourmont, uno de sus más altos representantes: “La observación exacta es indispensable a la refabricación artística de la vida. Aun para una figura de ensueño un pintor está obligado a respetar la anatomía, a no hacer divagar las líneas, a no amontonar colores imposibles, a no abandonarse a perspectivas chinescas. El idealismo más desdeñoso de la realidad bruta debe apoyarse en la exactitud relativa que es dado conocer a nuestros sentidos”. Nada menos parecido al etéreo neurótico forjado por algunos satíricos y adversarios.

Es probable que haya confusión lamentable de términos y es lo que yo quisiera meditaran los que estudian la vida mental en sus manifestaciones artísticas. Tal vez visto con mejores intenciones y más comprensivamente sea un hermoso espectáculo el que ofrecen en América algunos espíritus que afinan y cultivan su sensibilidad en medio de las más ásperas y rudas costumbres. Tal vez la nombrada “decadencia” americana no sea sino la infancia de un arte que no ha abusado del análisis y que se complace en el color y en la novedad de las imágenes, en la gracia del ritmo, en la música de las frases, en el perfume de las palabras y que como los niños ama las irisadas bombas de jabón. Habría que preguntarse si un estilo de decadencia no es más bien el estilo árido y frío, fruto de una inteligencia fatigada que abandona la belleza de las apariencias para irse como un escalpelo al corazón de las cosas.

Ha habido sin duda una revolución en la técnica: la prosa tiende a hacerse menos oratoria y más plástica y el verso más sutil y sugestivo; martillean menos los consonantes al final de las estrofas y el ritmo flota con más libertad en torno de la idea; suenan más los instrumentos de cuerda que los de cobre en la orquestación verbal, pero según mi criterio esta evolución en la técnica es paralela a una evolución sentimental; a nuevos estados de alma nuevas formas de expresión, y si esos estados de alma son vagos y “crepusculares” débese a hondas causas sociales, a la educación y al angustioso momento histórico cuyo aire respiramos. Por ejemplo, es más visible hoy la desproporción entre el hombre y el medio: el progreso individual de gran número de inteligencias ha sido naturalmente más rápido que el del medio social rebelde, en cierto modo, al perfeccionamiento armonioso; a la cultura estética ha seguido un malestar y una turbación profunda en las almas; los “retozos democráticos”, la escasez de goces intelectuales, la vulgaridad de las opiniones hieren más profundamente las sensibilidades refinadas; de éstos sí puede decirse, invirtiendo una frase célebre, que vinieron demasiado pronto a un mundo demasiado nuevo. En las ciudades más o menos incipientes de América sufre más que en las de Europa quien se eduque en una dirección artística; muchos emigran hacia centros más civilizados, otros sucumben trágicamente como Casal y José Asunción Silva, otros vulgarmente gastándose en las intrigas políticas. Es de creerse que cuando la cultura intelectual se generalice y los “casos” de hoy constituyan una fuerza, ésta tenderá a elevar el nivel social, acelerando así el progreso de la sociedad.

Se critica con razón el abuso que de los arcaísmos y neologismos se hace; pero aun en esto debe verse algo más que mera garrulería y presunción sistemática. La psicología del lenguaje forma parte de la psicología del que lo emplea. Cada autor tiene causas de simpatías por las palabras que emplea con frecuencia. Se ha observado que el poeta francés

Enrique de Régner usa más de cincuenta veces las palabras *oro* y *muerte* en su último volumen de poesías; Maeterlinck repite “extraña” y “noche”; Verhaeren “alucinación”; nuestro gran Pérez Bonalde “siempre” y “jamás”. Cada uno de nosotros tiene esas que provisoriamente podríamos llamar manías verbales.

Pero las palabras con el trajín diario se gastan, y pierden por un tiempo su poder evocador; entonces renacen los arcaísmos y se crean neologismos que por su novedad parecen aptos para provocar la sensación precisa que el autor desea despertar en el lector, puesto que todo artista es por naturaleza expansivo. El notable escritor alemán Hermann Bahr ha hecho un perspicaz análisis sobre su propio estilo, análisis que me voy a permitir condensar aquí –no sería honrado apropiármelo– y que nos ilustrará acerca de la cuestión de que venimos tratando.

Nuestra desgracia –dice– es que hemos crecido entre palabras sin valor propio; no teníamos a nuestro alcance sino palabras que no habíamos *vivido*, que nos parecieron usadas y por eso buscamos otras que teníamos por nuevas. Para las cosas que *vivimos* por primera vez necesitamos también palabras que aún no hayamos pronunciado. Habíamos siempre hablado sin sentir nada y ahora que sentimos por primera vez no podíamos emplear las mismas palabras de que nos servíamos cuando no sentíamos nada. Verbigracia, en la escuela nos enseñaron a llamar “bellas” mil cosas antes de que hubiéramos sentido que algo era “bello”, pero cuando lo sentimos no supimos con qué palabra expresarlo, ¿nos serviríamos de la palabra “bello”, vieja y usada que habíamos pronunciado tantas veces para designar cosas indiferentes? No; no era posible y como no encontrábamos un adjetivo suficientemente precioso, procedimos de otra manera: descomponiendo la impresión de “belleza” en todos sus pequeños momentos, denominando cada uno con un adjetivo.

En síntesis, para Bahr como para todos los de su raza intelectual, europeos o americanos, el estilo es un reflejo de la vida interior. Más tarde, también por razones sentimentales, volvió sobre sus pasos recogiendo las palabras despreciadas al principio. Esperábamos –escribe– que de la suma de todos esos adjetivos resultaría una definición para el conjunto de nuestra gran emoción; pero más adelante nos dimos cuenta de nuestro engaño: lo que habría de “bello” en la “belleza” se perdía cuando, con tan gran número de adjetivos, lo dividíamos en sus elementos. Teníamos entre nosotros fragmentos cuando queríamos un todo completo, y así volvimos a buscar la vieja y mediocre palabra despreciada “bello” que no nos había parecido suficiente. Y al adoptarla nos sorprendimos, pues no apareció grande u potente como ninguno. Piénsese en un hombre a quien a menudo se le ha hablado del amor y que un día lo experimenta; al principio la palabra usada le parecerá vulgar e inventará mil términos nuevos; ninguno lo satisfará hasta que aprenda a respetar el viejo “yo te amo”, pues las palabras vuelven a ser jóvenes con tal de que los labios lo sean.

Acaso esta larga y jugosa citación nos ayude a encontrar la causa del apareamiento de los neologismos y arcaísmos en el lenguaje de nuestros pseudo decadentes. Acaso el lenguaje atraviese por una inevitable crisis para llegar a una mayor limpidez y pureza, a un estilo diáfano, como la luz blanca, que es el último resultado de la composición de los colores del prisma.

Existe hoy una noble impaciencia por apresurar el advenimiento de lo que unos llaman “criollismo” y otros “americanismo”, es decir, de la cristalización estética del alma americana y su objetivación por medio del arte. Laudable deseo que es el de casi todos nosotros los hijos del Nuevo Mundo y al que marchamos deliberada o indeliberadamente de años acá. Desde el país del Norte en donde escribo estas líneas, veo ya en nuestra literatura

un “aire de familia” que la distingue no sólo de las literaturas exóticas, sino aun de la misma castellana. Hay en quienes se marca más esta diferencia, y no precisamente en los que se esfuerzan en ello, pues hasta en los que suponemos rinden un culto exclusivo a las hegemonías extranjeras, obra la energía que brota de las entrañas de la raza y del medio. Se diría que las ideas que van desde la vieja Europa al mundo nuevo reciben allí el bautismo de nuestra tierra y de nuestro sol, y que nuestro cerebro al asimilárselas las transforman y les da el sabor de la humanidad momentánea que representamos. El resto será labor del tiempo.

Se cree que las influencias extranjeras son un obstáculo para el americanismo; no lo pienso así, y aun me atrevería a suponer lo contrario.

Seamos justos en reconocer que a las literaturas extranjeras, y en especial a la francesa, les debemos un gran afinamiento de los órganos necesarios para la interpretación de la belleza; a ellas les debemos los métodos de observación y el gusto para ordenar nuestras impresiones, según una especie de perspectiva estética. Los sentidos, como todas las fuerzas de la vida, están en perpetua evolución y a las literaturas extranjeras les debemos en gran parte el aceleramiento de ésta. Nuestros ojos han aprendido a ver mejor, y nuestro intelecto a recoger las sensaciones fugaces. San las literaturas extranjeras algo como un viaje ideal que nos enseña a distinguir lo que hay de peculiar en las cosas que nos rodean y entre las cuales hemos crecido. Si nos aleja un tanto de la raza, es lo necesario para apreciar mejor sus relieves, matices y rasgos característicos; tal como hacemos con un cuadro que ha de ser visto a distancia y no con los ojos sobre la tela.

No hace mucho un distinguido compatriota y compañero en letras recordaba a os nuevos escritores de América el consejo de don Andrés Bello:

Tiempo es que dejes ya la culta Europa  
Y dirijas el vuelo a donde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.

¿Pero no aprendería don Andrés Bello en los clásicos griegos, latinos, españoles y franceses a gustar la belleza de la zona tórrida? ¿No lo iniciarían Horacio, Teócrito, Fray Luis de León, Víctor Hugo en el manejo del pincel y le revelarían los secretos de su mágica paleta, sin lo cual hubieran quedado inéditos los “colores mil” de nuestras selvas, ríos, aves y flores?

A donde quiero ir con estas mal zurcidas notas de estética, o como se las llame, es a desear una crítica más comprensiva y benigna de las manifestaciones del arte nuevo en América. ¿Por qué ahogar con burlas y rigorismos gramaticales el despertar de un arte naciente? No niego la virtud de una crítica severa, pero prefiero una crítica tolerante que tenga el santo temor de equivocarse; como el viejo Campoamor: “doy todos los justos por un bueno”, sin que quiera decir que tengo razón. Entre nosotros la crítica implacable y dogmática es menos justificada que en los países en donde la literatura es una de las maneras de luchar por la existencia. Es sabido que escribimos como el árbol da flores y, si se quiere, espinas, pero en fin, es para nosotros el arte una función natural del alma, tal vez un consuelo y una liberación, y nunca un cómodo sistema de acaparar monedas. El literato suele ser entre nosotros un hombre que como cualquier va a su taller a calcular sobre los libros comerciales, dedicando algunos ratos a cantar sus esperanzas y desesperaciones, quizás con algunas faltas de gramática, y que termina sus días en un consulado o en una oficina, después de saborear la gloria de ser leído por media docena de amigos, en la sección recreativa de un periódico.

*El Cojo Ilustrado* (Caracas) Año VII (162): 639-642, 15 septiembre de 1898.